

## **AUDIENCIA CON EL PAPA FRANCISCO**

**FEBA Annual Convention 2019**  
**15-18 de mayo de 2019 | Roma, Italia**

### **Discurso de su Santidad el Papa Francisco a los miembros de la Federación Europea de Bancos de Alimentos**

Sala del Consistorio

Sábado, 18 de mayo de 2019

Queridos amigos:

Después de haber escuchado lo que dijo vuestro presidente, tuve la tentación de no hablar, porque él ha hablado como un Santo Padre. Gracias, sentí que sus palabras salían del corazón. ¡Gracias!

Os saludo cordialmente y, a través de vosotros, quiero saludar a todos los miembros y voluntarios de los Bancos de alimentos en toda Europa. Me complace daros la bienvenida al concluir vuestra reunión anual celebrada aquí en Roma, en el trigésimo aniversario de la creación del Banco de Alimentos de Italia: ¡Felicidades por este aniversario!

Quisiera daros las gracias por lo que hacéis: proporcionar alimentos a los que tienen hambre. No es asistencialismo, quiere ser el primer gesto concreto de acompañamiento hacia un camino de integración social. Cuando os miro, puedo visualizar el compromiso gratuito de tantas personas, que trabajan en silencio y hacen el bien a muchos. Siempre es fácil hablar de los demás, pero es mucho más difícil dar a los demás, sin embargo, eso es lo que importa. Y vosotros no os involucráis con palabras, sino con acciones reales, porque lucháis contra el desperdicio de alimentos, recuperando lo que se hubiera perdido. Tomáis lo que se arroja al círculo vicioso del despilfarro y lo insertáis en el círculo virtuoso del buen uso. Hacéis un poco como los árboles —esta es la imagen que viene a mi mente—, que inhalan contaminación y devuelven oxígeno. Y como los árboles, vosotros no retenéis el oxígeno, sino que distribuís la cantidad necesaria para vivir, a fin de que llegue a quien lo necesita.

Luchar contra el terrible flagelo del hambre también significa luchar contra el despilfarro. El despilfarro manifiesta desinterés por las cosas e indiferencia hacia quienes no tienen nada. El despilfarro es la forma más cruda de desechar. Pienso en el momento en que Jesús, después de haber distribuido los panes a la multitud, pide que se recoja lo que sobra para que nada se desperdicie (cf. Jn 6,12). Recoger para redistribuir, no producir para desperdiciar. Descartar comida significa descartar a la gente. Hoy en día es escandaloso no darse cuenta del valor de la comida como un bien precioso, y de cómo tanto bien termina tan mal.

Desperdiciar lo bueno es un hábito horrible que puede aparecer en cualquier parte, incluso en las obras de caridad. A veces, buenas iniciativas, animadas por las mejores intenciones, pueden frustrarse por burocracias rígidas, por costos administrativos excesivos, o pueden convertirse en formas de asistencialismo que no conducen a un desarrollo auténtico. En el complejo mundo de hoy es importante que el bien se haga bien: no puede ser fruto de la



improvisación; requiere inteligencia, planificación y continuidad. Se necesita una visión de conjunto y personas que permanecen unidas: es difícil hacer el bien sin quererse unos a otros. En este sentido vuestras experiencias, aunque sean recientes, nos devuelven a las raíces de la solidaridad en Europa, porque buscan la unidad en un bien concreto. Es hermoso ver cómo los idiomas, las creencias, las tradiciones y los diferentes enfoques convergen, no para compartir los propios intereses, sino para dar dignidad a los otros. Lo que hacéis sin tantas palabras envía un mensaje: el futuro no se construye buscando ventajas; el progreso de todos crece acompañando a quien quedó detrás.

La economía tiene una profunda necesidad de esto. Hoy en día, todo está conectado y es inmediato, pero la frenética lucha por el dinero va acompañada de una fragilidad interior de la persona cada vez más aguda, una desorientación y una pérdida de significado cada vez más evidentes. Por eso, me interesa una economía que sea más humana, que tenga alma y no sea una máquina incontrolable que aplaste a las personas. Hoy muchos están sin trabajo, dignidad o esperanza; tantos otros, por el contrario, están oprimidos por ritmos de producción inhumanos que vacían las relaciones humanas y tienen un impacto negativo en la vida familiar y personal. A veces, cuando realizo el ministerio de la Confesión, vienen jóvenes que tienen hijos, y les pregunto: “Usted, ¿juega con sus hijos?”. Y muchas veces la respuesta es: “Padre, no tengo tiempo... Cuando salgo de casa para ir a trabajar, todavía están dormidos, y cuando vuelvo a casa ya están en la cama”. Esto es deshumano: este ritmo vertiginoso de trabajo es inhumano. La economía, nacida para ser “el cuidado del hogar”, se ha despersonalizado; en lugar de servir al hombre, lo esclaviza, lo somete a mecanismos financieros cada vez más distantes de la vida real y más difíciles de controlar. Los mecanismos financieros son “líquidos”, son “gaseosos”, no tienen consistencia. ¿Cómo podemos vivir bien mientras las personas son reducidas a números, las estadísticas aparecen más que los rostros y las vidas dependen de los mercados de valores?

¿Qué podemos hacer? Ante una situación económica enferma, no podemos intervenir brutalmente, con el riesgo de causar la muerte, sino que debemos ofrecer asistencia: no es desestabilizando o soñando con el pasado como se arreglan las cosas, sino alimentando el bien, recorriendo caminos sanos y solidarios, siendo constructivos. Tenemos que unirnos para dar un nuevo impulso al bien, sabiendo que, aunque el mal habite en el mundo, con la ayuda de Dios y la buena voluntad de muchos, como vosotros, puede ser un lugar mejor. Es necesario apoyar a aquellos que desean cambiar las cosas para bien, y alentar modelos de crecimiento basados en la equidad social, en la dignidad de las personas, en las familias, en el futuro de los jóvenes y en el respeto por el medio ambiente. Una economía circular ya no se puede postergar. El despilfarro no puede ser la última palabra que se deje a la posteridad por parte de unos pocos acomodados, mientras que la mayoría de la humanidad permanece en silencio.

Con estos sentimientos de preocupación y esperanza que he querido compartir con vosotros, os doy de nuevo las gracias y os aliento a seguir adelante, involucrando a todos los que os encontréis, especialmente a los jóvenes, para que se unan a vosotros en la promoción del bien, para beneficio de todos.

¡Muchas gracias!

